

SERIA CRISIS...

crisis económica, cuyas consecuencias creemos que ni el mismo gobierno sospecha.

Con el nuevo arancel, de aprobarse, todos los impuestos de aduana sin excepción, subirán a un nivel superior en todos los casos a un 10%. Y la mayoría subirá aún más. Es decir, que incluso a los artículos de indispensable consumo popular se les impondrá un recargo nunca menor de la décima parte de su valor. Con lo cual la anunciada política de protección a la importación de artículos para el desarrollo agrícola e industrial del país, queda reducida a cero. Porque más bien en lugar de protección habrá recargo para esos artículos, equivalente a un 10% o más.

Incluso el nuevo arancel nos pondrá, en corto plazo, ante una nueva crisis en el problema de los transportes de pasajeros. Cuando el año pasado los empresarios de camiones del servicio interurbano de pasajeros quisieron subir el valor de los pasajes, de 15 céntimos a 20 se produjo una indignación popular que obligó hasta la intervención del Congreso. Los empresarios de camiones presentaban cuentas sobre los gastos de manteni-

—Viene de la Página 8

miento de sus unidades para llegar a la conclusión de que en vista de los elevados precios de los implementos o accesorios ellos no podían seguir dando el servicio a ₡ 0.15. Pero el pueblo no quiso pagar más, y ante la indignación popular, se les prometió a los camioneros bajarles los impuestos de esos implementos con la condición de que no subieran las ya altas tarifas.

Pero el nuevo arancel no sólo no baja los impuestos de esos artículos, sino que los sube, y no se necesita mucha imaginación para adivinar el problema que tendrá planteado muy pronto el gobierno, cuando los empresarios de camiones intentan subir las tarifas y cuando el pueblo, indignado, se tire a la calle.

Como consecuencia de la aplicación del nuevo arancel, la vida se encarecerá espantosamente. Y no sólo en proporción al aumento que reglamenta dicho proyecto, sino en proporción aún mayor, porque es un fenómeno malterable en la economía capitalista que si no se toman medidas municiosas y drásticas contra la especulación, todo aumento de los impuestos provoca una alza des-

medida de precios.

Como se ve, los economistas figueristas han andado muy desasertados en materia fiscal. Durante el régimen de los 18 meses, crearon el famoso impuesto del 10% sobre el capital, que pasará a la historia como uno de los grandes absurdos financieros. Ahora caen vorazmente, sobre los impuestos indirectos, con lo cual impulsarán la miseria en un grado que los técnicos figueristas, desde sus elegantes gabinetes, no están en condiciones de entender.

Si el gobierno actual quiere aumentar sus ingresos para realizar el programa que prometió al pueblo, en tonces que suba el impuesto sobre la renta, principalmente en los niveles de las grandes utilidades. Pero que no lo haga quitándole a cada hogar humilde de Costa Rica una parte más de su débil ración alimenticia, porque además de ser criminal, eso ya no lo soporta nuestro pueblo.

Desde un principio nos hemos manifestado en favor de un arancel proteccionista. Pero nunca en favor de un arancel que quizá llegue a proteger una que otra industria, pero a condición de matar de hambre a nuestro pueblo.

EL TALLER

zapateros, lo que no impidió que lo tomaran por muchos días como blanco indirecto de sus bromas y ocurrencias. En tales ocasiones, y cuando los demás reían, el hombre, como si no entendiera que era de él que se burlaban, sonreía también, sin quitar los ojos de lo que estuviera haciendo y sin pronunciar palabra. Hasta que una tarde Petates, agresivo por los tragos que ingiriera antes de llegar al taller, atrevióse a soltar una cuarteta mordaz:

“¿Han visto ustedes, muchachos?

Si no han visto ya verán:
yo he visto haciendo zapatos
a un horrible orangután”.

Muy pocos rieron la hiriente ocurrencia de Petates. La mayoría se contuvo, esperando una violenta reacción del aludido. Pero el hombre, aunque se alteró visiblemente y no sonrió esta vez, hizo luego un gesto de conformidad y volviéndose hacia Petates dijo, tratando de aparentar tranquilidad, mas sin lograr impedir que se adivinara en su voz el resentimiento y la amargura:

—Eso no es culpa mía, amigo... Yo no quisiera ser tan feo ...

Porque era feo como un orangután. De un moreno amarillento, muy alto y huesudo y con los brazos desproporcionadamente largos, lucía orejas muy pequeñas y gruesas, nariz chata, ojos saltones y enormes, pero que a pesar de eso parecían pequeños en su cabezota deforme, calva de la frente hasta la coronilla y ro-

deada de mechones lacios, más una extraña barba de solo cuatro pelos largos, que él no se afeitaba nunca.

Aquella breve réplica a Petates, por el tono en que fué dicha, causó una profunda impresión. De allí nació en muchos un sentimiento de solidaridad con el recién llegado, y pronto todos pudieron darse cuenta de que ese hombre era capaz, a pesar de su fealdad, de inspirar simpatía. Su ancha boca, de labios gruesos y dientes torcidos y amarillos, parecía iluminada siempre por una abierta sonrisa de sincera cordialidad.

Llamábase Juan, a secas. De su apellido no se sabía nada; ninguno se lo preguntó, él posiblemente no tenía porque andarlo pregonando, ni eso le iba a hacer falta para vivir en Alajuela. En el taller, siguiendo la vieja costumbre establecida en la ciudad, muy pronto lo rebautizaron con el mote de “Cachamba”. ¿Por qué? ¿Qué quería decir? Ninguno lo sabía; pero desde ese momento dejó de llamarse Juan. Se siguió llamando Cachamba para toda la gente, por la misma razón que su compañero de mesa llamábase Gole, y Monsón el aljstador. Todos sus compañeros de taller, así como otros vecinos que él iba conociendo en la ciudad, llevaban motes parecidos o más raros todavía. Por eso se acostumbró muy pronto al suyo.

Cachamba, que alquilara un humilde cuartucho en el barrio de El Arroyo, comía en casa de unos vecinos de esa misma barriada. Cada vez que pasaba, las viejas del vecindario salían a observarlo y a burlarse disimu-